

## **Segundo Domingo de Pascua de la Divina Misericordia A2026**

« ¡La paz esté con ustedes!» Estas son las palabras que Cristo resucitado dirigió a sus discípulos cuando se les apareció por primera vez. Estas palabras han sido pronunciadas a lo largo de los siglos por personas consagradas y laicas, soberanos y políticos, hombres y mujeres amantes de la paz y la concordia entre los pueblos y las naciones. El Papa León XIV las pronunció muy recientemente al presentarse por primera vez ante el pueblo católico.

Nuestro Señor les dirigió estas palabras a sus discípulos mientras se escondían por miedo a los judíos que los perseguían después de su crucifixión. En este contexto, era un mensaje de reconciliación y perdón, asegurándoles que no estaba irritado con ellos por haberlo abandonado, que ahora su pasado era menos importante que el futuro que quería construir con ellos.

La paz de la que habla nuestro Señor no es solo la paz social, la ausencia de conflictos o la ausencia de batallas, sino, sobre todo, la paz del corazón, imposible si la gente no está reconciliada consigo misma, con sus semejantes y con Dios. Jamás olvidaré esta frase que leí en alguna parte: «Cada uno de nosotros es un campo de batalla. Si no ganas la batalla interior, jamás traerás paz a los demás», porque sin paz interior es imposible tener paz exterior.

Entonces, comprendemos por qué el primer don que el Señor resucitado da a sus discípulos es el Espíritu Santo. Donde reina el Espíritu Santo, reina la paz. El deseo más profundo de nuestro Señor es que vivamos en paz y nos reconciliemos unos con otros mediante el poder de su Espíritu. La paz es señal de la presencia de Dios porque Dios es paz. La paz contribuye a la unidad de mente y corazón; nos define como discípulos de Jesús.

Muchos factores en el mundo, e incluso dentro de nosotros mismos, contribuyen a la ausencia de paz. La violencia amenaza el entendimiento y concordia entre los pueblos. La envidia y los celos se alimentan de la violencia. Nuestro esfuerzo por vivir juntos como discípulos de Jesús a menudo se ve dominado por sentimientos discriminatorios tácitos y prejuicios raciales. El odio y el espíritu de venganza impiden el perdón mutuo, etc.

Todo esto es una expresión del pecado que hay en el mundo, en nuestros corazones y en nuestras vidas. A menos que nos libremos de este cáncer espiritual y nos convirtamos al Espíritu de Jesús, jamás tendremos paz.

Por lo tanto, se comprende por qué nuestro Señor, en el Evangelio de hoy, otorga a sus apóstoles la autoridad para perdonar los pecados. Al hacerlo, nuestro Señor instituye el sacramento de la reconciliación, tan vital para la purificación de la Iglesia y nuestra paz interior. De esta manera, nuestro Señor les confía a los apóstoles un ministerio de reconciliación que deben ejercer en su nombre para el bien de toda la Iglesia. Como dice san Pablo: «Somos embajadores de Cristo, como si Dios mismo les rogara por medio de nosotros. Les suplicamos en nombre de Cristo: reconcíliense con Dios» (2 Corintios 5:20).

Para comprender mejor cómo funciona este sacramento, así como todos los demás sacramentos de la Iglesia, necesitamos la fe. Aquí, la fe se entiende no como el

conocimiento de las cosas de Dios, sino como la confianza en nuestro Señor y en su palabra. Esto es lo que san Pedro quiere estimular en nosotros cuando dice: «Aunque ustedes no lo han visto, lo aman; al creer en el ahora, sin verlo, se llenan de una alegría radiante e indescriptible...» (1 Pedro 1:9). En otras palabras, san Pedro quiere que entendamos que la fe es creer sin pruebas y confiar sin reservas.

Ciertamente, la fe no se opone a los argumentos ni a las pruebas. El problema radica en que, por su naturaleza, la fe se basa sobre todo en la confianza que depositamos en Jesús y en su palabra. Al fin y al cabo, la prueba se ocupa de lo material; mientras que la fe pertenece al ámbito de la confianza. La confianza se justifica únicamente sobre la base de la convicción de que no me equivoco al confiar en la palabra del testimonio recibido.

Este tipo de fe es precisamente lo que le faltaba a Tomás. De hecho, Tomás quería ver con sus propios ojos y tener la prueba de la resurrección de nuestro Señor antes de creer en ella. No confiaba en el testimonio de sus amigos, quienes le decían haber visto a Cristo resucitado. En otras palabras, para Tomás, la fe debía probarse con hechos para ser creíble y aceptable. Por eso no creyó el testimonio de los demás apóstoles.

Sin embargo, la resurrección de Jesús, fundamento de nuestra fe, no se somete a la prueba, como se hace con los hechos científicos. Hay que abordarla desde dentro, con fe y confianza en que Dios, fiel a sí mismo, no podía dejar a Jesús en la tumba para siempre. Por eso, el reproche de Jesús a Tomás: «No sigas dudando, sino cree», indica que la fe es, ante todo, una cuestión de confianza en la palabra de nuestro Señor y en el testimonio de quienes lo han seguido desde el principio.

Necesitamos este tipo de fe hoy más que nunca. En este Domingo de la Divina Misericordia, acerquémonos al Señor, misericordioso y compasivo, con la seguridad de la fe de que, al confesar nuestros pecados, nos perdona. Pidámosle que nos dé la salvación eterna.

Que Dios nos dé el valor de reconocer nuestros pecados y reconciliarse con Él y con nuestros hermanos y hermanas. Que Dios los bendiga a todos en esta Pascua con los dones de su Espíritu Santo para su crecimiento y el de nuestra Iglesia. Amén.

**Hechos 2: 42-47; 1 Pedro 1: 3-9; Juan 20: 19-31**



Fecha de la Homilía: el 12 de Abril, 2026

© 2026 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

El nombre de Documento: 20260412homilia.pdf